

ENTREVISTA (mínima)

Sheila Heti

POR BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ

—Debo decirle que es bastante intimidante entrevistar a la Editora de Entrevistas de The Believer. ¿Cuáles son sus filias y fobias en cuanto a entrevistas?

—Suelen ser más interesantes cuando dos personas dialogan, en persona o por teléfono o por Gchat, mi nueva forma preferida de hacer entrevistas. Hay algo en las entrevistas por mail que es demasiado estirado o “actuado”. El entrevistado tiene tiempo para ponerse más autoconsciente. Básicamente, no está bien cuando el entrevistado hace una representación de sí mismo. Tienes que engañar a la persona que entrevistas para que no haga eso.

—¿Qué diferencias hay entre Sheila Heti y la “Sheila Heti” de su libro? Ha dicho que no la considera un alter ego.

—No veo que esto sea una cuestión de “diferencias”. Yo soy la persona y la Sheila Heti del libro es el personaje y la voz que me inventé. Estamos hechas de distinto material, una de sangre, la otra de papel. Y aunque yo cambie siempre, esa Sheila siempre estará diciendo las mismas cosas y tendrá la misma edad. No puedo compararme a un personaje de ficción, aunque sea mi personaje.

—Mencionó en varias entrevistas que está cansada de los personajes, del esfuerzo que hay que hacer para crear personajes esperando que se parezcan a la gente real. ¿Es por eso que para este libro tomó como base a sus amigos reales y mantuvo incluso sus nombres?

—Ya no estoy cansada, pero lo estaba en 2006. No veía qué podía ganar sentándome en un ordenador e inventándome un personaje. Parecía como una cosa aburrida, algo arbitrario. Sí, puedes hacer que tu personaje trepe un árbol, pero también puedes hacer que tu personaje estudie para un examen. ¿A quién le importa? Una cosa no es distinta de la otra. Escribía un nombre de ficción, en plan “Sarah fue a la tienda”, y me sentía agotada, como si me obligaran a jugar con los mismos amigos que tenía a los 12 años, que ya no me interesaban. Necesitaba escribir de una manera nueva, más estimulante. Pero ahora debo decir que escribir una ficción pura me vuelve a parecer interesante. Y, por

responder a tu pregunta, sí, es la razón por la que empecé a escribir sobre la gente de mi alrededor. No me canso de las maneras de escribir, sólo de las maneras de escribir.

—¿Permitió a sus amigos ver el manuscrito del libro antes de publicarse?

—Oh, sí, todos lo leyeron. Margaux [uno de los principales personajes del libro, basado en la pintora y cineasta Margaux Williamson] siempre me estaba haciendo correcciones muy duras que me hacían querer mejorar el libro.

—¿Es ese un territorio, el fronterizo entre ficción y no ficción, lo que le interesa especialmente como lectora?

—Es uno de los territorios que me interesa, no el único. Por ejemplo, *Out of seer rage*, de Geoff Dyer es un cruce brillante entre ficción y no ficción, sobre la dificultad de escribir ese mismo libro que ahora sostienes entre tus manos. Pero creo que me inspiró más gente que está haciendo esto fuera de la literatura, como Agnes Varda y Werner Herzog, y todo lo que pasó alrededor de Andy Warhol.

—En su entrevista con Joan Didion para The Believer, usted implica que hay que tener más seguridad para escribir no ficción. ¿Es más fácil la ficción?

—Sí, me sale de manera más natural. Tengo un estándar muy alto sobre la autoridad en el periodismo, pero en el reino de la imaginación, tú eres la autoridad.

—Nueve de cada diez reseñas de su libro mencionaban la serie *Girls*. ¿Qué opina de las comparaciones?

—La verdad, ya no sé qué decir sobre el tema a estas alturas.

—Aunque usted ha dicho que en realidad lo que quería es que sus personajes hablasen como los del reality de MTV *The Hills*.

—No tanto que hablaran como ellos, pero me fascinó el misterio de esa serie. Viéndola, no tenías ni idea de qué estaba pasando. No sabías las reglas, cómo se hacía aquello. ¿Les escribían las líneas de diálogo a las chi-

A lo largo de esta entrevista, Sheila Heti (Toronto, 1976) hablará repetidamente de “Sheila Heti” en tercera persona, como hacen a veces los entrenadores de fútbol y los concejales venidos a más. Pero es porque así se llama la protagonista de su libro, *Cómo debería ser una persona* (Alpha Decay), una mezcla de novela y libro de anti-autoayuda que ha sido profusamente comparado con la serie *Girls*, aunque en realidad le debe más a Werner Herzog y a los *realities* de la MTV.

cas?, ¿se las inventaban ellas? Pude hablar con un productor de la serie el año pasado y me dijo que hubo mucho más trabajo detrás de esa serie del que es habitual. Si ves las primeras temporadas se nota: no hay nada cínico, estaba claro que había gente creativa detrás inventando algo especial. Me encanta el arte que, cuando lo miras, no tienes ni idea de cómo se hizo.

—*Muchas reseñas del libro estaban enfocadas a las escenas de sexo. Usted ha participado en un seminario sobre “escribir sobre sexo”. ¿Cuáles son las reglas?*

—No creo que las haya, no me parece tan diferente a escribir sobre cualquier cosa que experimenta un humano, aunque la mayoría de gente no escribe sobre sexo, recortan esas partes. No sé por qué, no hay una buena razón para hacerlo. Durante el sexo pasan muchas cosas que revelan al personaje, así que por qué cortarlo?

—*Cuando se publicó su libro en Estados Unidos hubo mucho debate sobre el doble estándar de género. Como dijo usted, si una mujer escribe preguntándose cuestiones filosóficas y resulta que también practica el sexo, se le llama “narcisismo” y “mirarse el ombligo”. ¿Existe el sexismo en la crítica literaria?*

—En mi experiencia, sí. Ser una mujer joven y escribir, y especialmente si una vuelve su mirada hacia el sujeto femenino, es algo que se ve como poco importante, o narcisista. Las artes visuales han hecho del desnudo femenino uno de sus grandes temas, pero si conviertes eso en literatura y si la autora es una mujer, se le llama mirarse el ombligo. Como si las únicas personas con derecho para mirar a las mujeres fueran los hombres. Por qué es un problema que una mujer mire a otra o a sí misma? ¿Cuál es el temor? Igual que en esa ecuación no hay lugar para el hombre, y se siente borrado. Si mi novela fuera sobre dos hombres que son amigos, nadie la llamaría ombliguita. En mi anterior libro, el protagonista, Ticknor, sólo se mira a sí mismo y nadie dijo nada. Se supone que las mujeres sólo pueden mirar a los hombres o a los niños, no a ellas mismas, no a otras mujeres y no a su trabajo, que es algo que Sheila hace mucho.



Foto: Tonia Addison